

arrobamiento religioso mezclado de un profundo respeto, en medio de tal asamblea?

12 DE DICIEMBRE.

Bosques sagrados.—Templos paganos.—Ninfeas.—Campo Pretoriano.—Recuerdos de Neron y de Caracalla.—Baños de Diocleciano.—Santa María de los Angeles.—Mártires.—Capuchinos de la Concepcion.—Cementerio.—El venerable Crispino de Viterbo.

El tiempo era magnífico, y el frío excesivo para Roma. Aprovechando este doble favor, volvimos á emprender nuestra excursion en el cuartel comenzado, dejando á la derecha la parte visitada la víspera, recorrimos los sitios y las ruinas que la separan del recinto de las murallas. Desde la puerta *Salaria* hasta la puerta *Mayor*, ¡qué de recuerdos! ¡qué de impresiones! Cada sinuosidad del terreno, cada piedra, tiene un hecho que referirnos: la vista, la memoria, el corazón, no pueden sufrirlas impasiblemente. Debimos limitarnos á los puntos culminantes del cuadro. Remontándonos á los orígenes de Roma, nos acordamos del *Lucus Paestinus*, en donde fué juzgado Manlio, el defensor del Capitolio 1.

No léjos estaban los templos de Vénus Erycina y de Júpiter Viminal, tan famosos por las inauditas abominaciones que allí se cometían; los templos de Hércules, del Honor, del Sol, y el bosque sagrado de Laverna, la diosa de los ladrones. Pa-

1 In campo Martio quum centuriatim populus citaretur, et reus ad Capitolium manus tendens ab hominibus ad deos preces avertisset, appamit tribunis, nisi oculos quoque hominum liberassent a tauti memoria decoris, nunquam fore in præoccupatis beneficio animis vero crimine locum. Ita producta die in Paestium lacum extra portam Flumentemam, unde conspectus in Capitolium non esset, concilium populi indictam est. Tit. Liv.

ra tantos crímenes, era necesaria una expiacion. Así, no léjos de aquellos lugares, se eleva el *clivus cucumeris*, la cuesta del co-hombro, regado con la sangre de infinidad de mártires 1. Los anticuarios colocan por aquellos lugares, el *nymphæum*, de Alejandro Severo. Figurémonos un edificio de mármol, rodeado de bosquecillos de mirtos y naranjos, y acompañado de numerosos pórticos en que el lujo ha prodigado el oro, la pintura, y todo lo que puede halagar á los sentidos; allí una multitud de cascadas de agua, formando los dibujos más variados, y cayendo en dulce murmullo en grandes recipientes de pórfido ó de alabastro; luego á los voluptuosos romanos, paseando su molicie bajo aquellas frescas sombras; pasando los días en el baño, ó entregándose á todos los excesos del sybaritismo más refinado; y con todo esto, tendremos una idea de los *nymphæa* tan numerosos en la ciudad de los Césares 2.

Pero hé aquí otras muchas ruinas: pisamos el sitio del campo Pretoriano. Hecho emperador Augusto, se nombró una guardia. Fueron elegidas nueve cohortes en el ejército para velar por la seguridad del príncipe y la tranquilidad de la capital; más tarde, su número creció hasta diez y siete. Alojados desde luego en casas particulares, estos soldados elegidos, fueron reunidos por Tiberio en un campo establecido cerca de las murallas, entre las puertas Viminal y Tiburtina: tal es el campo Pretoriano, tan célebre en la historia. El jefe de estas guardias del cuerpo, ó más bien de aquellos temibles genizaros y amotinadores, tenía el título de prefecto del pretorio. Al visitar aquellas ruinas ¡qué de personajes, qué de hechos se presentan á vuestra vista! Se cree oír lo

1 Martyrol. 17 de Junio, y 8 de Agosto

2 Nardini, *Roma antica*, lib. IV, c. IV, página 155.

clamores que espantaron á Neron, cuando, traicionando, perdido ya, huía de Roma, acompañado solo de cuatro esclavos, en cuyo número estaba Sporus. Asesino de su madre, verdugo de Pedro y de Pablo, todavía ayer era Neron señor del mundo. La hora de la justicia divina ha sonado; hoy, héle ahí con los pies desnudos, vestido con una simple túnica, y un viejo manto, cubierta la cabeza, y el rostro oculto con un pañuelo, montado sobre un mal caballo y buscando un asilo en la villa de Phaon su liberto. Esta villa está á cuatro millas de Roma, entre la Vía Salaria y la Vía Nomentana. Para llegar á ella, es preciso salvar los muros del campo; repentinamente, la tierra tiembla, el rayo estalla y queda descubierto el fugitivo; oye desde allí las vociferaciones de los pretorianos que exclaman: «Muerte á Neron, victoria á Galba.» 1 Algunas horas más y esta sentencia será ejecutada. Diremos de paso, que la villa ó casa de Phaon, en donde aquel monstruoso emperador se hizo degollar, estaba situada un poco más allá de la iglesia actual de Santa Inés, en el lugar llamado *la Serpentera* 2.

Se encuentra en seguida, en medio del campo, el lugar del pequeño templo en

1 Tranquill, *in Neron*.

2 Se trata tan á menudo en la historia del prefecto del pretorio, que es útil darlo á conocer. Su poder era muy extenso; en el orden militar era casi el jefe superior del ejército; en el orden civil, gozaba de una jurisdicción muy amplia. A veces se podía decir que era más señor que el emperador. Bajo Cómodo, hubo dos prefectos del pretorio, y cuatro bajo Diocleciano. Constantino los conservó, pero los redujo al poder civil. Cada uno de ellos tenía que gobernar una cuarta parte del imperio, dividido en cuatro prefecturas. El primero llamado *praefectus pretorio Galliarum*, tenía bajo su gobierno las Galias, la España, la Bretaña, la Germania; el segundo, *praefectus pretorio Italiae*, la Italia y el África; el tercero, *praefectus pretorio Illyrici*, la Grecia, la Francia, la Pannonia, la Mesia, la Dalmacia; el cuarto, *praefectus pretorio Orientis*, todo el Oriente, es decir, todas las provincias de Ultramar.

donde se adoraban los dioses del ejército, en el cual Caracalla mató á su hermano Geta en los brazos de su propia madre 1. Más tarde se ve á los pretorianos señalando un día para poner á pública subasta el imperio, y buscando compradores. Por fin, el silencio de la tumba sucede al tumulto y á las vociferaciones, en la morada dos veces secular de las cohortes pretorianas. Esta milicia sediciosa, fué abolida por Constantino despues de la derrota de Maxencio á quien el pretorio le habia saludado emperador.

A la sombra de Burchus y de Sejan, sucedió otra sombra repugnante y sangrienta; mirábamos las ruinas gigantescas de los Baños de Diocleciano. *Los romanos edificaban baños, como si fuesen provincias*, tal es el grito de admiración que arrancaba á la historia la vista del edificio de que hablamos. Diocleciano y Maximiano, queriendo exceder á sus predecesores, resolvieron edificar baños de una magnificencia incomparable, y lo consiguieron. Sus baños formaban un inmenso cuadrado de mil setenta y nueve piés por cada lado. En sus cuatro ángulos estaban otras tantas salas circulares que servían de *calidarium* ó recipiente de agua caliente. Una de ellas subsiste todavía; es la vasta rotonda que sirve de iglesia á los Bernardinos. El edificio mismo era todo lo que la imaginación puede concebir de más maravilloso. Allí se veían pórticos, forum, jardines suspensos, bosquecillos, innumerables caídas de agua, salas de recibir, escuelas para los retadores y los filósofos, la famosa biblioteca Ulpiana que Diocleciano mandó trasportar allí del forum de Trajano 2.

Los baños contaban más de tres mil salas de baño, en las que podían bañarse al

1 Onuph. Panvin, pág. 23.

2 Vopisc, *in Prob*.

mismo tiempo tres mil doscientas personas, sin verse entre sí. Cada sala era de increíble magnificencia: las piedras más preciosas, labradas á cincel, resplandecían por to las partes en las paredes; el basalto de Egipto, incrustado con mármol de Numidia formaba un embutido rodeado con bordados de piedras, cuyos colores variados imitaban muy bien la pintura; los techos estaban artesonados con vidrios; las piscinas, rodeadas de piedras de Thasus, magnificencia reservada en otro tiempo á algunos templos; el agua salía por llaves de plata, y caía en tinas de plata ó de piedras preciosas. La construcción de estos baños duró siete años. No tardó ménos Salomon en edificar el templo de Jerusalem. Comenzado el año décimo quinto del reinado de Diocleciano, fueron dedicados el año 298 por los Augustos Constantino y Maximiano, y por los Césares Severo y Maximino, según el testimonio de una antigua inscripción:

CONSTANTI ET MAXIMVS
INVICTI AVGG.
SEVERVS ET MAXIMINVS CÆSS
THERMAS ORNAVER. ET
ROMANIS SVIS DEDICAVER.
"CONSTANTINO Y MAXIMINO,
INVICTOS EMPERADORES,
ADORNARON LAS TERMAS
Y LAS DEDICARON
A SUS ROMANOS."

Aquí, como en todos los baños romanos se distinguían diferentes piezas, cuyo conjunto prueba la molición de ese pueblo degenerado. La primera era el *apodyterium*, llamado así, porque allí se despojaban de sus vestidos; venía en seguida el *frigidarium*, gran estanque en donde se tomaba el baño frío común. Pilastras, nichos, estatuas, eran los adornos que decoraban esta pieza, alrededor de la cual reinaba, en

forma de basamento, una doble fila de escalones llamados *schola*. Allí iban á sentarse para conversar los que asistían á los baños de espectadores, ó los que esperaban que se desocupara una tina. El baño tibio, *tepidarium*, seguía inmediatamente al frío. Estaba compuesto de dos grandes estanques, para que se pudiera nadar fácilmente. A esta pieza sucedía el *sudatorium*, en donde se tomaba el baño de vapor. En el centro, estaba un recipiente de agua hirviendo que despedía torbellinos de vapor que llenaban la sala. Subiendo en espesas nubes hácia la bóveda, se escapaban por una estrecha abertura, cerrada con un broquel de bronce que se manejaba desde abajo, con ayuda de una cadena, y que se abría como una válvula cuando la intensidad del calor era muy sofocante. Este baño no dejaba una fibra del cuerpo en descanso. El *sudatorium* recibía calor de horno exterior, llamado *laconicum*, cuyas llamas circulaban debajo de las losas del pavimento y detrás de las paredes, por medio de tubos conductores colocados en el espesor de las paredes. El *unctorium*, lugar en el cual se depositaban los perfumes y se untaban los bañadores, completaba el conjunto de los baños ¹.

Los baños, tan bien adecuados al lujo y á la molición de los últimos romanos, eran el punto de reunión de todas las clases de los ciudadanos. Nos parecía ver llegar á aquellos indignos hijos de los Scipiones y de los Gracos, y á aquellas matronas degeneradas, llevadas en su litera y seguidas por una larga fila de esclavos, de uno y otro sexo, necesarios para los numerosos servicios que reclamaban los baños. Tales eran los *capsarii*, encargados de guardar los vestidos; los perfumadores, *unctores*; los *peluqueros alipile*; los frotadores *tractatores*. Hé aquí el oficio de estos últimos;

¹ Galliani, pinturas de los baños de Tito, etc. etc.

al salir del sudatorio, el bañador se tendía sobre un lecho de descanso y un joven frotador, hombre ó mujer, comenzaba por frotarle todo el cuerpo, volteándole á uno y otro lado, hasta que los miembros llegaban á estar suaves y flexibles. Entónces hacia crugir las articulaciones sin esfuerzo, amasaba y frotaba, por decirlo así, la carne, sin hacer sentir el más leve dolor. Pasaba en seguida á las fricciones, tomaba en la mano un *strigilum*, rascador de cuerno ó de marfil ahondado en forma de cuchara, de modo que podía acomodarse á la redondez de los miembros; frotaba violentamente la piel y despedía todas las impurezas que la traspiración había podido reunir en ella. Entónces venía la depilación de las cavidades que quedan debajo del brazo, que el *alipilus* practicaba, ya con pequeñas pinzas, ya con ayuda de un unguento. Acabada esta operación, llegaba el perfumador, trayendo en las manos vasos llenos de aromas. Comenzaba por frotar ligeramente al bañador con un linimento de manteca y de elébora blanco, para hacer desaparecer la comezon y los barros; luego, con aceites y esencias perfumadas, contenidas en pequeñas ánforas de cuerno de toro ó de rinoceronte, llenaba todos los poros. Tras él venían otros esclavos: unos enjugaban el cuerpo con telas de linó ó de lana fina y suave, otros le envolvían en una túnica de escarlata bien caliente y suave. Y por fin, la tropa se reunía para llevar al sybarita, ponerle en una litera cerrada y conducirlo á su casa.

Los baños estaban abiertos día y noche y día y noche una multitud, deseosa, ruidosa, voluptuosa, inundaba los pórticos, las salas y los jardines. Reuníanse en la *Pinacoteca*, inmensa sala que existe todavía, y de la que ha hecho Miguel Angel una de las iglesias más suntuosas de Roma. Desde el reinado de Sixto IV es co-

nocida en todo el mundo con el nombre *Santa María de los Angeles*. Entrando en ella, admira, al punto, el aspecto de sus ocho columnas antiguas de granito rojo, de una sola pieza, de 16 piés de diámetro y 43 de altura: la longitud total de la iglesia es de 336 piés. La sala de baños, propiamente dicha, tiene 308 de longitud, 74 de anchura y 84 de altura; ésta es la bóveda más grande que se conoce. Su extensión, su pavimento de mosaico, sus pinturas al fresco, sus columnas de preciosos mármoles, hacían de esta sala incomparable la maravilla de los Baños de Diocleciano, maravilla ellos mismos de la ciudad eterna.

Por otra parte, si al visitarla, la imaginación se exalta, el corazón se oprime. Crear gigantescos palacios para excitar con magnificencia sus desenfadadas pasiones, ¡ved ahí el uso que daban aquellos romanos, que no tenían un hospital, á las riquezas del universo, á los brazos de sus esclavos y á la vida de los cristianos! ¡Puede uno, sin enternecerse hasta el llanto, pensar en que aquellos baños fueron edificadas por cuarenta mil cristianos condenados á las minas, y cuya sangre derramada por la fe inundó aquellos lugares regados con sus sudores y cimentó aquellos muros levantados con sus manos? ¹ ¡Providencia de Dios! ¡Cómo no admiraros! Augusto obedeció á su vanidad, mandando el empadronamiento del imperio, y proclama el cumplimiento de las profecías; Heródes, dirigido por su cruel ambición, quiere degollar al Rey-Niño y se atrae el horror del género humano; Diocleciano hace levantar baños para la molición, y construyó un templo á la Reina de las Virgenes; en fin, mientras todos los otros baños romanos no son ya más que ruinas infor-

¹ Baron., Annal., t. II, an. 298. núm. 9 y siguientes.

mes, los de Diocleciano, edificados por las manos de los mártires, subsisten en su parte más noble, como monumentos auténticos de la impotencia de los perseguidores y del triunfo evidentemente divino de esa religión que tiene la virtud de imprimir el sello de la inmortalidad á todo cuanto toca.

Santa María de los Angeles está servida por cartujos, cuyo convento ocupa una parte de los baños. Conducidos por el buen padre Bruno, frances de la Lorena, visitamos en todas sus partes aquella magnífica iglesia, resplandeciente toda de oro, mármol y pinturas. Posee cuatro cuadros, obras maestras de la mejor época: *La caída de Simon el Mago*, por Pompoe Battoni; *San Basilio negando la comunión al emperador Valencio*, por Subleyras; el bienaventurado *Nicolas Albergati*, de Hercules Grozziani. Se sabe que el santo arzobispo fué enviado por el soberano pontífice á Enrique VIII, rey de Inglaterra, á fin de atraerlo á la unidad católica.—«¿Qué prueba me dais, dijo el príncipe, de la verdad de lo que me proponéis?—La que vos queráis, respondió el B. Albergati.—Os creeré, si convertís súbitamente ese pan blanco que lleva mi page, en pan negro.» El santo hizo la señal de la cruz sobre el pan, que al punto se convirtió en negro. El monarca creyó, pero no se convirtió; los demonios también creen, y su fe les sirve para atormentarlos. Esta escena dramática está perfectamente expresada; tal es la disposición de las sombras y de la luz que se cree estar presente á ella. En el coro está el famoso fresco que representa el martirio de San Sebastian, obra clásica del Dominiquino. La mayor parte de los frescos que adornan á Santa María de los Angeles vienen de San Pedro, y han sido reemplazadas allí por mosaicos que representan iguales asuntos.

De la iglesia pasamos á la venerable ca-

pilla de las reliquias. ¡Qué tesoros! A nuestro alrededor, miembros rotos por los dientes de los leones, ó por el hacha de los lictores; cuerpos santos, completos; frascos llenos de sangre; mártires de todas edades y de todas clases, pero sobre todo militares. ¡Salud á vosotros, cuyas manos construyeron este edificio que fué regado con vuestra sangre, Máximo, centurion que enseñásteis el camino del martirio á vuestros gloriosos compañeros Claudio, Lupericio, Victorio, Facundo, Primitivo, Emeterio, Celedonio, Fausto, Januario, Marcial, Servando y Germano! ¡Salud, á vos, Saturnino, venerable anciano á quienes los otros mártires ayudaban á llevar los pesados fardos que os mandaban poner sobre vuestras débiles espaldas! ¡Salud á vos, ilustre patricio, caritativo Thrason, que alimentásteis en secreto á vuestros hermanos estenuados por el hambre y el cansancio y que por precio de vuestras liberalidades, recibísteis del nuevo Faraon la corona del martirio, y de la iglesia reconocida el honor de dar vuestro nombre á una de las más célebres catacumbas! ¡Salud á vos, en fin, familia entera inmolada por la fe! En una urna superior aparecen las cabezas del padre y de la madre, abajo el hermano y la hermana, niños de nueve á diez años, cuya carne y cuyos huesos se conservan bien; están de rodillas, teniendo cada uno en la mano una pequeña redoma llena con su sangre, como en señal de rendir homenaje de su victoria á aquellos que con la vida les dieron también la fe. No acabaría yo, si quisiera nombrar á todos los mártires cuya presencia consagra aquella venerable capilla.

Al dejar la iglesia en donde las facultades de nuestra alma habian encontrado tantos goces, descubrimos la bella estatua de San Bruno y el busto en mármol blanco, del cardenal Alciati, con esta inscripción de sublime sencillez:

VIRTUTE VIXIT

MEMORIA VIVIT

GLORIA VIVET.

«Venció con la virtud, vive en la memoria, vivirá para la gloria.» Parece difícil decir más y mejor en ménos palabras.

Después de pasar la plaza *de Termini*, tomando por la derecha, llegais muy pronto al frente de la iglesia y monasterio de *la Concepcion*. Esta fué la direccion que seguimos, porque queríamos visitar el cementerio de los Capuchinos. ¿Quién no ha oído hablar de este célebre cementerio? ¿Quién vá á Roma sin verle? El hermano Bernardo, á quien estábamos recomendados, nos esperaba en el pórtico de la iglesia. La vista de un capuchino ha producido siempre en mí una viva impresion: siempre que encontré por las calles de Roma alguno de aquellos buenos padres, de esos verdaderos amigos del pueblo, con su larga barba, su vestido de sayal castaño, su cinto de cuero y sandalias por calzado, la cabeza desnuda y la alforja sobre sus espaldas, no pude ménos que inclinarme ante ese milagro vivo de la caridad y de la divinidad del cristianismo. Aún tengo la pretension de creer, que si alguno de los viejos romanos, cuya ciudad recorren los humildes hijos de San Francisco, volviere á este mundo, y encontrase este mismo prodigio, lo admiraría como yo, y tal vez más.

Doblemente agradable fué para nosotros la aparicion del excelente hermano que debia ayudarnos á satisfacer nuestra legítima curiosidad. Tras él seguimos en silencio un largo corredor, adornado con numerosos retratos de santos, de cardenales y de hombres eminentes que ha producido la austera institucion. De ahí, atravesando el coro de la iglesia, bajamos por una estrecha escalera al santuario de los muertos. Se abre una puerta y quedais absorto, in-

móvil, en el umbral. ¡Qué espectáculo! Vastas cuevas, bien iluminadas, cuyo pavimento está accidentado por sepulcros coronados con una pequeña cruz, y cuyas paredes y bóvedas están adornadas con huesos humanos. Digo *adornadas*, porque con esta materia de un nuevo género, se han ejecutado dibujos, rosetones de bóveda, guirnaldas y aun lámparas suspendidas sobre vuestra cabeza. El círculo de las cuevas está guarnecido, con simetría, de *tibias* arregladas de trecho en trecho y formando nichos espaciosos ó *loculi*, semejantes á los de las catacumbas. Allí, en actitud de orar ó de dormir, aparecen los muertos antiguos y nuevos, todos hijos del claustro, vestidos con su hábito grosero y un crucifijo en la mano. La vista de aquellos cuerpos preservados, al ménos en parte, de la disolucion de la tumba, os penetra de no sé qué terror religioso, moderado por la calma inalterable de los numerosos emblemas de la resurreccion futura.

Se cree que este mosaico de los muertos es obra de un hombre, que para huir de la justicia humana se habia refugiado en el recinto del monasterio; creen que permaneció allí á fines del siglo XVII. Como quiera que sea, los religiosos han permitido aquel trabajo, aunque no sean sus autores. A los ojos del mundo, *jugar así* con huesos humanos, parece una profanacion; pero para el cristiano, para el religioso sobre todo, esa especie de familiaridad respetuosa con la muerte, es una consecuencia de la victoria que ha alcanzado sobre ella; se ve con esto, que no la teme. ¿Lo diré? Pues con la serenidad en su frente y una sonrisa en los labios, nos hizo los honores del cementerio, donde descansan sus hermanos; aquel buen padre, cuya barba estaba ya encaneciendo, y en cuyo cementerio él mismo tenia que ocupar muy pronto un lugar que le espera.

Un rayo de felicidad iluminó su bello rostro, cuando nos propuso que le acompañásemos á la iglesia; iba á hacernos testigos de un espectáculo grato de diverso modo para él y maravilloso para nosotros. ¡Creeis tal vez, que se trataba de descubrirnos el célebre cuadro de *San Miguel*, obra maestra del Gúido, ó al inimitable *San Francisco* del Dominiquino? ¡Oh, no! las maravillas del arte debían desaparecer ante una maravilla que solo Dios puede obrar. Entró primero el padre á una pequeña capilla lateral, encendió dos luces, quitó el frente móvil del altar, corrió una cortina de sarga roja y luego abrió una tumba de madera; entónces nos fué dado ver lo que deberían ir á ver aquellos que dicen: *Si yo viera un milagro, creería.*

Luego, allí, á nuestra vista, estaba dulcemente acostado, con la cabeza cubierta con sus cabellos enblanquecidos por los años, con una grande y hermosa barba, con los ojos entreabiertos, las mejillas coloreadas, la sonrisa en los lábios aún rojos, las manos blancas, los piés con carne y hueso y con sus venas salientes que se dibujaban en la piel, un pobre capuchino muerto hace ochenta y cinco años. ¡Queréis saber su nombre? se llama el venerable siervo de Dios, el hermano Crispino de Viterbo. Su historia es larga; pero voy á decíroslo en pocas palabras.

El 13 de Noviembre de 1668, nació en Viterbo, de honrados y religiosos padres, un niño que recibió en el bautismo el nombre de Pedro. Veinticinco años despues, un jóven de buen semblante, de una pureza angelical, de una dulzura y amenidad que encantaban, estaba arrodillado delante de la puerta de los capuchinos de su ciudad natal, pidiendo con lágrimas el honor de vestir el humilde hábito de San Francisco. Este favor le fué concedido. Contando desde el día de su profesion, las cabañas y los castillos de los Estados Ro-

manos, vieron durante cuarenta años consecutivos al jóven Pedro, convertido en hermano Crispino, pedir la limosna para el convento.

Lós dones que recibía, eran recompensados con oraciones y á menudo con milagros. A los ochenta años el venerable hermano recorria todavía con su alforja en las espaldas, las ciudades y los campos. Pero entónces su nombre estaba en todas las bocas, el perfume de sus virtudes atraía tras él á los pueblos, la púrpura misma se inclinaba ante su presencia. Murió en Roma, y la voz del pueblo, voz de Dios, proclamó su bienaventuranza en el cielo, y el cielo ratificó el testimonio de la tierra. El hombre de Dios, enterrado como sus hermanos, sin ser embalsamado, en el cementerio comun, fué, al rumor de nuevos milagros, sacado de ahí intacto y con su color natural, y llevado al lugar en que lo hemos visto nosotros y en donde puede verle todo viajero.

13 DE DICIEMBRE.

La cámara de los grandes hombres.

“Como estaba yo en Atenas, y segun mi costumbre, habia ido á oír á Antioco al gimnasio de Tolomeo, junto con M. Pison, Quinto mi hermano, C. Pomponio y Lucio Ciceron, mi primo hermano, á quien amaba como si fuese mi hermano, resolvimos todos ir despues de medio dia á pasearnos juntos á la Academia, porque á esa hora no se encontraba nadie en ella. Nos citamos todos para la casa de Pison; y de allí, hablando de diversos asuntos, hicimos los seis estadios, (1) de la puerta Dipyla á la Academia. Llegados á aquel bello lugar tan justamente célebre, encon-

1 Medida de 125 pasos geométricos. — N. del T.

tramos allí la soledad que buscábamos, y entónces Pison nos dijo:

—¡Es una cosa fundada en la naturaleza, ó solamente un error de nuestra imaginacion, que cuando vemos los lugares habitados por grandes hombres, nos sentimos más conmovidos, como me sucede ahora, que cuando solo oimos hablar de ellos, ó leemos alguno de sus escritos? Aquí no puedo dejar de pensar en Platon; en este lugar se ocupaba Platon con sus discípulos; esos pequeños jardines, tan cerca de nosotros, me hacen tener presente la memoria del filósofo, que me la ponen casi en los ojos. Aquí se paseaban Speusippo, Xenócrates, y su discípulo Polemon, quien se sentaba ordinariamente en aquel lugar. . . . En fin, esos lugares tienen en un grado tan eminente el poder de excitar nuestro pensamiento, que no sin razon se ha fundado en ellos el arte de la memoria.

—Sin duda que sí, Pison, replicó Quinto, ese poder es muy grande; yo mismo ahora, al venir aquí, volvía los ojos hácia esa aldea de Colonia en donde vivía Sófocles, y me he sentido conmovido y he creído, en cierto modo, ver á ese poeta que es, como sabeis, mi admiracion y mis delicias.

—Y yo, dijo Pomponio, á quien haceis la guerra por haber adoptado los sentimientos de Epicuro, por cuyos jardines acabamos de pasar, me trasporto á ellos con Fedro, á quien amo tanto, como sabeis, y siguiendo el antiguo proverbio, no olvido á los vivientes.

“Yo repliqué entónces:

—Soy de vuestro sentir, Pison; los lugares en que han estado hombres ilustres, nos hacen ordinariamente pensar en ellos con más viveza y más atentamente. Ya sabeis que fuí una vez con vos á Metoponto, y que no entré á la casa de mi huésped, sino despues de haber visto el lugar en que habia pasado Pitágoras su

vida, y el sitio en donde acostumbraba estar. La exedra 1 en donde enseñaba Charmadas, tiene para mí gran interes; me parece estarle viendo, porque conozco sus facciones, y creo que ese lugar que ha quedado abandonado por tan gran génio, se lamenta á todas horas de no poderle oír.” 2

Nosotros tambien debíamos ver los lugares habitados por grandes hombres, entrar á sus casas, visitar sus habitaciones, tocar objetos que sus manos habian tocado. Los sentimientos experimentados en Atenas por Ciceron y sus amigos, y por cualquiera que visita la habitacion de un personaje célebre, iban á ser nuestros tambien; ¡qué digo? debían ser tanto más vivos cuanto que los grandes hombres, cuya morada íbamos á recorrer, eran santos.

Desde las siete de la mañana caminábamos hácia el *Gesu*. El excelente padre de V. . . . me habia conseguido el insigne favor de ofrecer el sacrificio santo en el cuarto mismo de San Ignacio. ¡Qué de recuerdos! ¡qué de monumentos elocuentes en aquel lugar bendito! Un modesto altar ha sido levantado en un cuarto que tendrá algunos piés cuadrados; es oblongo, bajo, irregular, é iluminado por una sola ventana; este es el cuarto en donde vivió y murió San Ignacio, en donde murió San Francisco de Borja, en donde San Luis Gonzaga pronunció sus votos en manos de San Ignacio; y San Estanislao de Kostka en las de San Francisco de Borja. En este mismo altar dijo San Carlos Borromeo su segunda misa, y San Francisco de Sales muchas veces la suya; aquí San Felipe Neri, el apóstol de Roma, conversó muy frecuentemente con San Ignacio; aquí han sido concebidos, fecundados tantos proyectos de celo, de abnegacion, de caridad, tan

1 Asamblea de sabios.—N. del T.

2 Cicer., de *Fimb.* V. I. 2.